

Joseph Joubert, un contemporáneo

POR ANTONI LLENA

Ahora que nuestras orejas vomitan información y que la obsesión por el minuto no nos deja ver el bosque, pararse a leer los textos sobre arte y literatura de Joseph Joubert que Luis Eduardo Rivera ha traducido y seleccionado para la editorial Periférica, es una de las mejores cosas que en este momento pueden hacer los amantes del arte. Oírle decir: "Homero pintó la vida humana; cada aldea tiene su Néstor, su Agamenón, su Ulises; cada provincia tiene su Aquiles, su Diomedes, su Áyax; cada siglo tiene su Príamo, su Andrómaca, su Héctor", es afirmar que la realidad del presente sólo puede ser vista con exactitud si es contemplada con mirada ejercida desde la distancia del horizonte.

Una lejanía que ahora mismo se nos impone recuperar, ya que permite calmar la ansiedad a la que nos ha llevado la obsesión de querer ser, únicamente, notarios del día a día. Pero a parte de esto, tal afirmación no fuerza a nadie a idealizar a los clásicos, puesto que en el fondo los proclama, pura y simplemente, naturaleza. Igual que en el mundo animal el instinto de subsistencia es el que termina conformando las diversas especies que habitan el planeta, nuestro autor sentencia sobre el arte de los antiguos: "Homero escribió para ser contado; Sófocles para ser declamado; Herodoto para ser recitado y Jenofonte para ser leído. De estas diferencias de propósitos en sus obras debía nacer una multitud de diferencias en sus estilos".

Nacido en el Siglo de las Luces, Joubert fue un hombre indolente y contemplativo que tuvo la rareza de ser un escritor sin obra. En el transcurso de su vida fue anotando en una especie de diario íntimo, un sinfín de pensamientos que en total llegaron a sumar nueve mil páginas manuscritas, que no sólo no publicó, sino que escribió sin ánimo

de hacerlo. Chateaubriand confirma tal cosa en el prefacio a la primera edición de sus *Pensamientos*, publicados en 1838 (hasta 114 años después de su muerte éstos no saldrían íntegramente a la luz), transcribiendo estas palabras de su amigo: "El gusano de seda hila sus capullos; yo hilo los míos, pero éstos no serán devanados".

Coetáneo de las grandes figuras del Siglo de la Razón, su pensamiento se distingue por dar primacía a la Imaginación, y podemos decir con ello que anticipa el romanticismo en Francia: "Hay que enseñar al espíritu a moverse entre vaguedades; el mundo moral y el mundo intelectual están repletos de éstas". El mérito de este autor está en la voluntad de hacer coincidir intuición y razonamiento: "Hay cosas", exclama, "que sólo podemos decir por escrito, que sólo podemos saberlas bien cuando pensamos en escribirlas, pero que sólo podemos pensar en escribirlas cuando las sabemos por adelantado". "Sólo buscando las palabras se encuentran los pensamientos". Crítico con el juicio de los críticos: "Los críticos -dice- no sabrían distinguir y apreciar ni los diamantes brutos ni el oro en barras; en literatura no conocen sino lo que circula, las monedas; ellos son comerciantes, su crítica tiene balanzas, pesas, pero no tiene ni crisol ni piedra de toque".

Pero sin ánimo de queja anota, en otra parte: "En los gustos y en los juicios literarios la moda siempre tiene algo que ver", palabras con las que de algún modo procura relativizar la acidez anterior, y es que por experiencia de vida sabe que "más de un mal género ha sido, en literatura (o una mala crítica), el origen de una obra maestra".

Joseph Joubert trata siempre de ser ecuánime. Procura en todo momento no traspasar

la delgada línea que traza el maridaje de belleza y sabiduría: "Antes de emplear una palabra hermosa", dice, "hazle un sitio". Y es que entiende la belleza como una presencia y la sabiduría como el espacio que le permite cuajar: "Todo es enigma en los poetas. Pero en esta especie de enigmas debe haber, al mismo tiempo, un sentido aparente que sea bello y un sentido oculto más bello aún". Fue precisamente la búsqueda afanosa de estos dones, belleza y sabiduría, que siempre consideró indisolubles, lo que le inhibió para ejercer el oficio de literato: "Ciertos escritores se crean noches artificiales para dar un aspecto de profundidad a su superficie y más relumbre a sus luces mortecinas". "Hay en arte muchos encantos que sólo a fuerza de arte se vuelven naturales". El pensamiento de Joubert es clásico y moderno a la vez. Es clásico en cuanto se hilvana circularmente ("el final de una obra debe hacer recordar siempre el comienzo"); y moderno porque hierde con sutiles inflexiones la circularidad que lo ata: "Debemos respirar a Platón, no alimentarnos de él".

Inflexiones que son destellos, destellos que nacen de su devoción por la imaginación: "Si no se imagina sólo se ve a medias, quien no sabe imaginar, no muestra nada con claridad y nada da a conocer". "El efecto de las bellas artes tiene como único mérito lo que todas éstas deben tener como fin, el de imaginar almas por medio de cuerpos".



Joseph Joubert
Sobre arte y literatura
Editorial Periférica.
Biblioteca Portátil, 17